

## COLOMBIA Y LA NARRATIVA DE LA INDEPENDENCIA

José Manuel CAMACHO DELGADO  
Universidad de Sevilla

*Resumen:* La nueva novela histórica colombiana ha conocido un auténtico boom en los últimos años, en parte como consecuencia del proceso de revisión a que está sometida la historia colonial y republicana, en parte por el tirón publicitario que este tipo de novelas disfruta a partir de efemérides como la celebración del V Centenario del Descubrimiento de América o las conmemoraciones del Bicentenario de la Independencia, en donde no faltan obras dedicadas a sus principales héroes y próceres, así como a los protagonistas más diversos del periodo de emancipación, como Simón Bolívar, Francisco de Paula Santander o Manuela Sáenz.

*Palabras clave:* Nueva novela histórica, Colombia, Simón Bolívar, Manuela Sáenz, García Márquez, Fernando Cruz Kronfly.

*Abstract:* The new Colombian historical novel has experienced a true boom in recent years, partly as a result of the review process to which colonial and republican history is subjected, partly because of the advertising appeal of this type of novels in capital moments such as the celebration of the 5th centenary of the Discovery of America or the Bicentennial Celebration of Independence, which includes many works devoted to their main heroes and champions as well as to the most diverse main figures of the period of emancipation, for instance, Simón Bolívar, Francisco de Paula Santander and Manuela Sáenz.

*Keywords:* New historical novel, Colombia, Simón Bolívar, Manuela Sáenz, García Márquez, Fernando Cruz Kronfly.

No deja de resultar extraño que tres siglos de vida en común con los virreinos del Nuevo Mundo apenas haya generado un número insignificante de películas y algunas novelas que tratan de registrar momentos especialmente traumáticos, derivados de aquella epopeya inaudita que convirtió a España en un coloso con los pies de barro. La extrañeza se convierte en perplejidad si rastreamos la tradición literaria española y contemplamos el vacío y la indiferencia que provocó el mundo americano. Sólo hay que pensar en un escritor y periodista tan agudo, comprometido y mordaz como Mariano José de Larra, que escribió millares de artículos entre 1830 y 1840, para comprobar que apenas si

dedicó alguna línea a las recién perdidas provincias de ultramar, a pesar de que las guerras independentistas estaban asolando el continente americano y España acababa de perder casi la totalidad de su territorio imperial, con las excepciones aplazadas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Tampoco la literatura fue permeable al desastre que se estaba viviendo en la península. Galdós, notario excepcional de su tiempo, atento siempre a la actualidad y preocupado por los asuntos históricos, como se constata en su voluminoso corpus de los *Episodios Nacionales*, apenas si hace alguna referencia, y siempre muy de pasada, a las guerras de Independencia y a la segregación del territorio americano. Como ha escrito Juan Ignacio Ferreras “es un hecho que la independencia de América no se reflejó ni inspiró ninguna novela importante del siglo XIX”<sup>1</sup>.

Sorprende además que ningún dramaturgo español o poeta del siglo XIX encontrase una fuente de inspiración en aquellos lances bélicos, o que acudieran a una figura tan importante en su riquísima simbología como Simón Bolívar para ejemplificar el arquetipo del héroe romántico. Ese vacío de obras sobre el mundo americano no ha hecho más que subrayar la extraña relación de los españoles con sus antiguas colonias y virreinos. Da la impresión, como ha estudiado Michael P. Costeloe<sup>2</sup>, que América dejó de importar en el mismo momento en que las fuerzas realistas firmaron su derrota tras la batalla de Ayacucho de 1824.

Es evidente que no ha ocurrido lo mismo en la literatura colombiana, que ha registrado en su riquísima diversidad todos los ángulos posibles de la Independencia y sus principales protagonistas, conformando un enjambre de motivos y personajes que trata de explicar no sólo la virulencia del pasado que dio al traste con la vocación imperialista española, sino los desastres que se gestan en el presente y que han convertido a Colombia en uno de los países más violentos del mundo.

Desde muy pronto, tanto en la literatura colombiana como en la latinoamericana, la Independencia y sus próceres fueron figuras habituales de la creación y la reflexión. Baste recordar los escritos sobre el Libertador que se publican en ambas orillas de nuestra cultura común, con ejemplos verdaderamente rutilantes como el “Don Quijote Bolívar” (1914) de Miguel de Unamuno, “Simón Bolívar” (1893) de José Martí, el “Bolívar” (1912) de José Enrique Rodó, “El andante caballero de la democracia” (1930) de Guillermo Valencia o el “Simón Bolívar” de Juan Montalvo, en el que comparaba al prócer venezolano con las figuras emblemáticas de Napoleón y G. Washington.

La narrativa colombiana registró desde fechas muy tempranas los estragos provocados por las guerras de Independencia. Así ocurre en una de las primeras

<sup>1</sup> J. I. Ferreras, *Introducción a una sociología de la novela española del siglo XIX*, Madrid, Edicusa, 1973, 281.

<sup>2</sup> M. P. Costeloe, *La respuesta a la Independencia. La España imperial y las revoluciones hispano-americanas, 1810-1840*, México, FCE, 1989.

obras importantes que recrean el periodo de la Independencia, como es la novela *La Marquesa de Yolombó*, del escritor antioqueño Tomás Carrasquilla, publicada en 1927, en donde se cuenta la historia detallada de un pueblo de la región a finales del siglo XVIII, con sus fiestas, costumbres y tensiones sociales. También cuenta la historia de Bárbara Caballero, nombrada Marquesa de Yolombó por el monarca español Carlos IV, en agradecimiento por el regalo que ésta le ha enviado al recién nacido príncipe, coronado más tarde como Fernando VII. La novela dibuja, de forma sesgada, la disolución del imperio español, tomando como modelo la propia vida de la Marquesa. Construida como un *Bildungsroman* (‘novela de aprendizaje’), la obra reconstruye el ambiente en el que surge esta mujer de energía extraordinaria. Rebelde ante la vida casera, Bárbara Caballero no admite ni tolera las normas sociales ni los convencionalismos de su época. Se apasiona por la minería, al lado de su padre, y en su evolución como personaje se convierte en una entusiasta de la lectura y en una defensora sin fisuras del orden realista y monárquico. Un viaje a la ciudad de Antioquia le permite conocer a gente más refinada, con modos aristocráticos, como la que imagina en España, y es en ese punto de inflexión donde se forja su desgracia. Nombrada por entonces “Marquesa de Yolombó”, desde este momento la protagonista espera al hombre ideal, de origen español, que la convierta en una gran dama de la sociedad antioqueña. Llega entonces Fernando de Orellana, un pícaro con porte aristocrático, que se presenta ante la Marquesa como un hombre ilustrado, que pretende escribir una historia sobre las gentes y costumbres del virreinato de Nueva Granada. Esa crónica llena de líneas argumentales es la propia novela de Carrasquilla, en un juego metatextual de clara filiación cervantina, que por momentos trae a la memoria los manuscritos de Melquiades en *Cien años de soledad*.

Tras ser seducida por Fernando Orellana con el pretexto de figurar en la pretendida historia del Virreinato, la Marquesa consiente en casarse con él y poco después éste la abandona, llevándose consigo todas las riquezas. Los últimos años de la Marquesa coinciden con las guerras de independencia, por lo que la desintegración de su mundo es paralela a la disolución del imperio español. Al igual que Sor Juana en sus últimos años de vida, la Marquesa se dedica con abnegación al cuidado de los demás y a las prácticas religiosas. Después de la burla del marido traicionero, la protagonista se autocastiga colgando sobre la puerta de su casa, para burla de sus paisanos, el inservible título de Marquesa otorgado por un monarca lejano y fantasmal que nada pinta en la nueva Colombia surgida tras la independencia del Virreinato.

Pocos personajes como Bolívar son capaces de incendiar la imaginación del pueblo y de los escritores, como ya reconociera José Enrique Rodó, en su texto sobre el prócer venezolano, pocos personajes históricos “subyugan con tan violento imperio las simpatías de la imaginación heroica”. Este heroísmo, paradójicamente, no está basado en el triunfo del Libertador, sino en su derrota, en su amargo final como exiliado de su propia tierra. Uno de sus enemigos más

enconados, el general español Pablo Morillo, llegó a decir de él que era “más temible vencido que vencedor”, en una simbología *post-mortem* que se entrelaza con las leyendas del Cid Campeador y su inusitada capacidad para ganar batallas después de muerto. Bolívar no sólo simboliza el fracaso político, sino también la derrota de la propia condición humana, de ahí que los escritores coetáneos hablaran de él como un héroe griego, helenizándolo incluso, como hiciera el ecuatoriano José Joaquín de Olmedo en su *Canto a la victoria de Junín* (1825), quien llegó a comparar a Bolívar con Júpiter para sonrojo del primero.

Es evidente que con las peculiaridades de su muerte, el Libertador ha ejercido una enorme fascinación en la novela histórica, erigiéndose en un arquetipo atravesado por la frustración y la soledad, tal y como quedó consignado en una de sus frases más célebres, pronunciada justo antes de morir: “Los tres grandes majaderos de la humanidad hemos sido: Jesucristo, don Quijote y yo”. Curiosamente, estos últimos momentos en la vida de Bolívar, son los menos documentados, por tratarse de un personaje repudiado por el entorno al que le van cerrando todas las puertas, eliminando cualquier vestigio de su paso por los pueblos del río Magdalena camino a su muerte. Sin embargo, el Libertador, asediado por la enfermedad y la pobreza, mantiene la lucidez suficiente como para certificar la muerte de su gran proyecto: crear una nación de naciones, crear lo que él llamó la gran Colombia. El interés por este final traumático tuvo lugar, posiblemente, de la mano de Álvaro Mutis, con la publicación de su relato “El último rostro”, en 1974, texto que funciona de manera seminal y embrionaria para las novelas posteriores de Fernando Cruz Kronfly (*Las cenizas del Libertador*, 1987), de García Márquez (*El General en su laberinto*, 1989), de Álvaro Pineda Botero (*El insondable*, 1997) y de Víctor Paz Otero (*La agonía erótica. De Bolívar, el amor y la muerte*, 2005). Todas estas novelas tienen en común el último viaje del guerrero convertido en héroe en su fracaso, arrastrando como una vieja carga un extraordinario halo de mitificación y grandeza.

Uno de los textos más deliciosos e irreverentes sobre la figura de Bolívar aparece en el cuento “Un historiador problemático” (1973) de Pedro Gómez Valderrama donde la historia del Libertador, sus amoríos con la *amable loca*, sus proclamas políticas, sus discursos incendiarios están contados, o mejor, son repetidos una y otra vez, por un loro parlanchín que había compartido alcoba y casa con Manuela Sáenz y había sido testigo de sus revolcones amorosos, que el loro reproduce puntualmente por medio de un lenguaje riquísimo en jadeos, suspiros, gritos y soplidos, y todo tipo de recursos onomatopéyicos. El narrador del relato asiste estupefacto a las habladurías perpetradas por una dama de postín de la alta sociedad bogotana, quien se desquita sin miramientos y con no poca saña contra la moral y las artes de Manuelita Sáenz, cuestionando no sólo sus recursos de alcoba, sino también sus pretensiones de ser la verdadera virreina de América aunque sin corona. La narración da un giro espectacular cuando aparece en escena un anciano de cabellera blanca y porte principesco, quien

contradice uno por uno los argumentos de la dama chismosa, afirmando conocer la historia verdadera de esa tormentosa relación gracias a la vocación parlanchina de un loro centenario, que perteneció a su familia, al que la criada negra de la casa hacía hablar emborrachándolo con unas “extrañas sopas de pan empapado en chocolate con aguardiente”<sup>3</sup>.

Sin embargo, el texto emblemático que inicia la literatura moderna sobre Simón Bolívar es “El último rostro” de Álvaro Mutis, publicado en 1974. El relato tiene su origen en el hallazgo de unos documentos inéditos de gran valor histórico, comprados en una subasta en Londres al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Pertenecen al supuesto coronel polaco Napierski, quien había luchado y perdido junto a Napoleón en la famosa batalla de Waterloo. El documento comprado constituye el diario que Napierski escribió durante su estancia en Cartagena de Indias, en el momento justo en el que el Libertador libraba su batalla decisiva contra la enfermedad, dando rienda suelta a su admiración por el prócer de la Independencia. A través de las palabras de un Bolívar, marcado siempre por la fatalidad, Mutis establece un correlato precioso con su personaje Maqroll el Gaviero, en el que la derrota, la atmósfera luctuosa y el desastre final son notas comunes que pasarán luego a las novelas de este particular antihéroe colombiano. Parece, incluso, que Mutis tuvo en algún momento la intención de escribir una novela sobre los últimos días de Bolívar, pero la idea pasó a García Márquez, y éste se lo agradeció en el paratexto con que se abre *El general en su laberinto*: “Para Álvaro Mutis, que me regaló la idea de escribir este libro”.

Uno de los grandes novelistas históricos de Colombia, Germán Espinosa, publicó en 1990 su *Sinfonía desde el Nuevo Mundo*<sup>4</sup>, aprovechando, en cierto sentido, los fastos del Quinto Centenario del descubrimiento de América. Novela de estirpe carpenteriana, está construida con numerosos ingredientes para llegar al gran público, incluida su pretensión de formar parte de un proyecto cinematográfico en el que se iba a revisar, bajo la mirada atenta del autor, este periodo de la historia colombiana. Se trata, por tanto, de una novela de aventuras, de intrigas políticas, novela amorosa, musical y filosófica, todo ello para recrear las andanzas de un aventurero francés, llamado Victorien Fontenier, huido de los fracasos napoleónicos de 1815, que ha optado por enrolarse en pleno caribe en las fuerzas independentistas para estar cerca del “guerrero republicano y genial”, al que salva la vida en dos ocasiones para envidia de sus coetáneos, proyectando sobre América del Sur todo el ideario utópico de la época, los sueños de justicia y los ideales colectivos e individuales del siglo XIX. El título de la novela plantea, además, una interesante relación intertextual con la sinfonía N° 9 del compositor checo Antonin Dvorák, al tiempo que está relacionado también con la *Sinfonía del Nuevo Mundo*, de Medelsson, dedicada a la figura de G.

<sup>3</sup> P. Gómez Valderrama, “El historiador problemático”, perteneciente a su libro *La procesión de los ardientes* (1973), recogido en *Cuentos Completos*, Bogotá, Alfaguara, 1996, 99-103.

<sup>4</sup> Bogotá, Planeta, 1990.

Washington y la *Sinfonía del Héroe* de Ludwig van Beethoven, inspirada en la figura de Napoleón<sup>5</sup>.

Destacamos por su originalidad la novela de Andrés Hoyos, *Conviene a los felices permanecer en casa* (1992), no sólo porque trata la gesta bolivariana desde el sarcasmo y una buena dosis de ironía y humor, sino también porque el punto de vista es el de las fuerzas realistas que tratan de evitar el derrumbe del imperio español. Los cinco capítulos que conforman la novela relatan la vida del realista español José Trinidad Romanos y de la viuda criolla Pastora Obando entre los años 1808 y 1830, coincidiendo con la llegada al poder del monarca Fernando VII y la muerte de Simón Bolívar en Santa Marta. Hoyos recrea la llamada “Patria Boba” en los momentos anteriores a la revolución, alejándose de forma deliberada de cualquier planteamiento heroico, para escarbar en la locura colectiva que supuso aquellas guerras, caracterizadas por el caos y el uso indiscriminado del terror como motor de la gesta emancipadora. La novela aparece narrada desde finales del siglo XIX, es decir, desde la Guerra de los Mil Días, con lo que la violencia permite una circularidad siniestra que atraviesa la historia colombiana<sup>6</sup>.

De mayor empaque literario resulta *El Insondable*, de Álvaro Pineda Botero, publicada en 1997<sup>7</sup>, aprovechando en cierto sentido la resaca dejada en las librerías por las producciones de Cruz Kronfly y García Márquez, lo que explicaría ciertos posicionamientos muy originales en su acercamiento literario a Bolívar. Para ello, Pineda Botero construye una novela coral, llena de polifonías y heteroglosias, donde se van a cuestionar muchas de las verdades oficiales del héroe de la independencia. La primera de las voces de *El Insondable* es la del propio Simón Bolívar. El Libertador habla desde el lecho de muerte dirigiéndose a un interlocutor fantasmal, que por momentos parece ser su propia conciencia. Ahí vemos a un héroe impoluto, ultrajado por la maldad de algunos de sus antiguos colaboradores. A través de sus delirios recrea batallas, peleas, paisajes, discusiones, proclamas, amoríos y un sinfín de peripecias existenciales y bélicas. Pero la verdadera voz narrante es la de un segundo personaje, José Carreño, que no es otro que el propio Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar. La estrategia que utiliza Pineda Botero es introducir las pesquisas informativas de sir Walter Coburg, representante de la corona inglesa, quien está interesado en participar en la gesta bolivariana, para aportar recursos y dinero, y para ello necesita tener la máxima información sobre la vida y hazañas del héroe venezolano. Esta es la razón por la que la corona inglesa, por deseo de su graciosa majestad, recurre al

<sup>5</sup> J. E. Jaramillo, “De lo real-histórico a lo real-literario”, *Boletín Cultural y Bibliográfico* de la Biblioteca Luis Ángel Arango, núms. 24-25, volumen XXVII, 1990, <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/boletin/boleti5/bol2425/real.htm> (consultado 08/10/2011).

<sup>6</sup> J. E. Jaramillo, “El héroe, el gato y la mujer de Lot”, *Boletín Cultural y Bibliográfico* de la Biblioteca Luis Ángel Arango, 1991, n° 31, vol. XXVIII, <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/boletin/boleti5/bol31/lot.htm> (consultado 08/10/2011).

<sup>7</sup> Bogotá, Planeta, 1997. Hay una edición más reciente y corregida, publicada en Medellín, Fondo Editorial EAFIT, 2004.



maestro del Libertador, Simón Rodríguez, quien se encargará a través de su testimonio no sólo de trazar todos los perfiles posibles de su persona, sino también los de la época que les tocó vivir, con una información verdaderamente oceánica que llega a abrumar al lector con datos de pelaje variopinto sobre modas, viajes, ciudades, gastronomía, arquitectura, técnica o literatura. Es evidente que en *El Insondable*, al igual que en la propia vida, Simón Rodríguez es una figura clave porque dio a conocer al joven Simón Bolívar sus ideas de la Ilustración, tal y como ha reconocido el historiador John Lynch, aunque quizás esta influencia haya sido sobrevalorada, interpretando al pie de la letra declaraciones como “Vd. Formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso (...) No puede Vd. Figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que usted me ha dado”<sup>8</sup>.

Bolívar y su maestro coinciden con lo más selecto e importante de la cultura europea de su tiempo: son testigos de las jornadas napoleónicas, conocieron a Beethoven, a los hermanos Humboldt, a Manzoni, estableciendo con todos ellos un intercambio fructífero de ideas y sentimientos, con los que retoman su viaje europeo por ciudades como Madrid, París, Lyon, Viena, Roma, Milán o Nápoles, dando de todas ellas una información tan exhaustiva, que resulta inabarcable, lo que convierte a la novela en un ejercicio enciclopédico sobre la época de las revoluciones.

Hay, además, en *El Insondable*, otras dos voces que resultan imprescindibles. En primer lugar tenemos la del autor, que explica los pormenores de su creación en un juego metaliterario tan del gusto de la posmodernidad literaria y, en segundo lugar, la de Teresa Rodríguez del Toro, la joven esposa de Bolívar, fallecida poco después de contraer matrimonio. Pineda Botero se sirve de esta voz femenina para desacralizar y desmitificar al prócer de la Independencia, dibujando a su mujer como una esposa insatisfecha sexualmente, abandonada por su joven marido, quien sólo está preocupado de los negocios familiares, dejando en el lector la sospecha malsana de que las relaciones entre Bolívar y su maestro Simón Rodríguez pasan por todo tipo de pulsiones homosexuales, lo que convierte al “gran amante de América”, como se le ha llamado en numerosas ocasiones, en una figura dubitativa y fascinada por los encantos irresistibles y tentaculares de su maestro<sup>9</sup>.

El escritor colombiano más fecundo en su visión del mundo bolivariano ha sido, sin duda ninguna, Víctor Paz Otero, con tres novelas. En la primera, *Bolívar. El destino en la sombra*<sup>10</sup>, narra la vida del héroe desde su niñez hasta el

<sup>8</sup> Citado por P. Montoya en su excelente ensayo, *Novela histórica en Colombia, 1988-2008. Entre la pompa y el fracaso*, Antioquia, Editorial Universidad de Antioquia, 2009, 19.

<sup>9</sup> Para una panorámica del personaje, véase el trabajo de A. Pineda Botero titulado “Bolívar y Bello: armas y letras fundadoras”, *Poligramas*, nº 26, diciembre de 2006, [http://poligramas.univalle.edu.co/26/pineda\\_botero.pdf](http://poligramas.univalle.edu.co/26/pineda_botero.pdf) (consultado 08/10/2011).

<sup>10</sup> Bogotá, Villegas Editores, 2006.

juramento que hizo en el Monte Sacro de Roma; la segunda, *La agonía erótica. De Bolívar, el amor y la muerte* (2005)<sup>11</sup> narra los episodios del último viaje del Libertador, a través del río Magdalena; mientras que la tercera, *La otra agonía. La pasión de Manuela Sáenz* (2006)<sup>12</sup> relata la pasión sexual y amorosa vividas por Bolívar y la llamada Libertadora. A estas tres novelas, Paz Otero suma una cuarta, para completar una suerte de tetralogía, *Bolívar. Delirio y epopeya* (2008)<sup>13</sup>, novela extensa e intensa en la que parece dar una visión de conjunto de la vida del héroe, además de haber publicado otras novelas sobre los militares colombianos del siglo XIX: *El demente exquisito. La vida estrafalaria de Tomás Cipriano de Mosquera*<sup>14</sup> (2004) y *El Edipo de sangre. O de la vida tormentosa de José María Obando* (2005)<sup>15</sup>.

La nota dominante en esta serie de novelas es mostrar al Bolívar hombre en la intimidad, lejos del fragor de la batalla. Sus novelas están marcadas por un neorromanticismo virulento, donde los personajes parecen sobreactuar y hay un vendaval de lágrimas, quejidos y suspiros entre los amantes.

Es evidente que una de las razones por las que ha atraído tanto la figura de Bolívar en la narrativa colombiana de mediados del siglo XX tiene que ver con la convicción de que Bolívar era tan buen guerrero como escritor, tan buen militar como prosista, engalanado siempre con una pulsión lírica de las que revelan la genialidad en las armas y en las letras<sup>16</sup>. Tanto es así, que sus cartas de amor, compiten con la mejor literatura amorosa escrita en Latinoamérica, de ahí que no sea casual que García Márquez lo utilizara en numerosos pasajes de ese formidable Kamasutra caribe que es *El amor en los tiempos del cólera*.

Pero no sólo Bolívar ha sido literaturizado en los últimos años en Colombia. Pocos personajes del siglo XIX tienen tanto atractivo y tantas posibilidades histórico-literarias como Manuela Sáenz, el gran amor de Simón Bolívar. Heroína con un enorme ímpetu revolucionario, representa la pasión desbordante, la belleza criolla, la fidelidad y la lealtad atornilladas a un amor que sólo será derrotado por la propia muerte. Manuela, o Manuelita Sáenz, como se la llama en numerosos documentos, ha sido vista como un icono sexual atemporal, tal y como hizo el venezolano Denzil Romero, quien ganó la X edición del concurso erótico “La sonrisa vertical”, de la editorial Tusquets, con su novela *La esposa del Dr. Thorne* (1988).

De todas las versiones literarias de su vida, la que tiene más interés es la de Jaime Manrique *Nuestra vida son los ríos* (2007)<sup>17</sup>, novela que juega con las

<sup>11</sup> Bogotá, Villegas Editores, 2005.

<sup>12</sup> Bogotá, Villegas Editores, 2006.

<sup>13</sup> Bogotá, Villegas Editores, 2008.

<sup>14</sup> Bogotá, Villegas Editores, 2004.

<sup>15</sup> Bogotá, Villegas Editores, 2005.

<sup>16</sup> Véase el excelente ensayo de W. Ospina, titulado *En busca de Bolívar*, Barcelona, Editorial Belacqua, 2010.

<sup>17</sup> Bogotá, Alfaguara, 2007.



resonancias manriqueñas de la literatura medieval española a través del apellido del escritor y del propio título de su obra. La novela fue escrita originariamente en inglés y más tarde traducida al español y en ella se cuentan a tres voces las andanzas amorosas de Manuelita Sáenz, enamorada perdidamente de Bolívar, desde mucho antes de conocerlo. A través de la polifonía de *Nuestras vidas son los ríos*, Manrique utiliza las voces de Manuela y sus dos esclavas negras, Jonotás y Natán, para introducir ciertas críticas a la figura del Libertador, cuestionando sus tentaciones monárquicas y dictatoriales, además de los intereses exclusivamente crematísticos que mueven a las clases oligárquicas que se codean con Bolívar. El autor recrea con gran efectividad literaria la vida en ciudades como Lima, Quito, Panamá o Santafé de Bogotá, todo ello con multitud de elementos melodramáticos y neorrománticos, con grandes aspavientos retóricos, quizás pensando no sólo en los lectores norteamericanos primero y más tarde latinoamericanos, sino también en una posible adaptación cinematográfica o televisiva, a la altura de las actuales telenovelas históricas o seriales televisivos que se están filmando en estos momentos. La novela ha sido muy criticada, quizás porque ha buscado la parte sensible de los lectores norteamericanos, con planteamientos a veces demasiado esquemáticos y superficiales, a través de una épica amorosa que convierte en heroína a Manuela Sáenz.

A las novelas citadas habría que sumar otras que se han publicado en los últimos años, aprovechando, posiblemente, el tirón publicitario de los fastos y la coherencia del Bicentenario de la Independencia. En ese listado incluiríamos las novelas de Mauricio Vargas (*El Mariscal que vivió de prisa*<sup>18</sup>), Rafael Baena (*Tanta sangre vista*<sup>19</sup> y *Vuelvan caras, carajo*<sup>20</sup>), Juan Gabriel Vásquez (*Historia secreta de Costaguana*<sup>21</sup>), Álvaro Miranda (*La risa del cuervo*<sup>22</sup>), María Cristina Restrepo (*Amores sin tregua*<sup>23</sup>), Octavio Escobar Giraldo (*1851. Folletín de cabo roto*<sup>24</sup>) o José Libardo Porras (*Fuego de amor encendido*<sup>25</sup>). Novelas que retratan en su conjunto los extraños y complejos mecanismos que hicieron posible las guerras de emancipación, dejando para el ciudadano actual el triste legado de una violencia institucionalizada, utilizada mil veces como forma de controlar los movimientos de la población civil.

Teniendo en cuenta este aluvión de novelas publicadas de temática decimonónica y emancipadora, cabe preguntarse, como lo ha hecho Juan Gustavo Cobo Borda en su estudio clásico “Los nuevos Bolívars”, si no estamos ante un

<sup>18</sup> Bogotá, Planeta, 2009.

<sup>19</sup> Bogotá, Alfaguara, 2007.

<sup>20</sup> Valencia, Editorial Pre-Textos, 2009.

<sup>21</sup> Madrid, Alfaguara, 2007.

<sup>22</sup> Bogotá, Editorial El faro del tiempo, 2007.

<sup>23</sup> Bogotá, Seix Barral, 2006.

<sup>24</sup> Bogotá, Editorial Intermedio, 2007.

<sup>25</sup> Medellín, Secretaría de Cultura Ciudadana, 2003.

proceso similar al de la novela de la dictadura latinoamericana, en esta ocasión referida a los caudillos y próceres de la Independencia:

¿Los dictadores son sustituidos ahora por los héroes de la independencia (esos héroes, por cierto, que dieron paso a aquellos caudillos), en el proseguido afán de madurez de un continente que intuye como más válidas las formas de reinterpretación global de la ficción que las más limitadas de la especialización? ¿Y no es acaso, en definitiva, la historia otra forma de narrar?<sup>26</sup>.

Cualesquiera que sean las novelas apuntaladas en el imaginario de la independencia colombiana y latinoamericana, lo cierto es que en todas ellas suele encontrarse una preocupación casi obsesiva por la investigación histórica sobre Bolívar: documentos de la época, testimonios de contemporáneos, el aporte de los biógrafos, llámense Gerhard Masur<sup>27</sup> o Salvador de Madariaga<sup>28</sup>, Waldo Frank<sup>29</sup>, John Lynch<sup>30</sup> o Indalecio Liévano Aguirre<sup>31</sup>.

Por la importancia que tiene para nuestro tema, quisiera detenerme, aunque sea de forma breve en dos novelas mayores sobre Bolívar: *La ceniza del Libertador* (1987) de Fernando Cruz Kronkly<sup>32</sup> y *El general en su laberinto* (1989) de García Márquez.

Desde la portada del libro de Cruz Kronkly hay un intento por situar la aventura existencial de Bolívar en su último viaje hacia la nada: «Los días perdidos del libertador Simón Bolívar en su último viaje, por el río Magdalena, desde Honda hasta Santa Marta». Se trata de una novela extensa, de 341 páginas en cincuenta y un capítulos que comienza con Bolívar embarcándose en Honda, por el Magdalena, para ir a morir en Santa Marta, en un sampán acondicionado y siete embarcaciones menores que lo acompañan. Un Bolívar que anhela llegar al mar para vomitar sus humores y no oír más las voces que lo consideran un “tirano despreciable”. Un viajero enfermo y aquejado por la fiebre, que no come y al cual secundan siempre sus dos perros, su fiel criado José Palacios, y los delirios que no cesan y que le hacen creer que en la parte superior del barco viaja parte de su antiguo ejército, encargado de su vigilancia, o se prepara un baile en su honor.

Bolívar comparte travesía con su sobrino Fernando, el coronel Santana, el negro tuerto Bernardino y el colegial de San Bartolomé, un fantasmal abogado que aparece y desaparece por puertas inexistentes y que parece manejar todos los hilos de una burocracia laberíntica que lo sujeta de forma inexorable a Bogotá.

<sup>26</sup> J. G. Cobo Borda, “Los nuevos Bolívars”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 472, 1989, 11.

<sup>27</sup> *Simón Bolívar*, México, Grijalbo, 1960.

<sup>28</sup> *Bolívar*, México, Hermes, 1951.

<sup>29</sup> *Nacimiento de un mundo: Bolívar en términos de sus pueblos* (1951).

<sup>30</sup> *Simón Bolívar*, Barcelona, Crítica, 2006.

<sup>31</sup> *Bolívar*, Madrid, ICI, 1983.

<sup>32</sup> Bogotá, Planeta, 1987.

Papeles, sellos, firmas, entre los cuales se incluye el célebre pasaporte reclamado por Bolívar varias veces para salir del país y la libranza de sus gastos. A la puerta inexistente, a los extraños ruidos de la parte alta de la embarcación, se añade un capitán enfermo y ciego que nunca aparece, un testigo escritural que todo lo registra en medio de infinitas latas de cerveza, como un guiño metaliterario hacia el futuro, y un desfile continuo, en la mente del libertador, de momentos claves de su vida. En definitiva, se trataría de la versión tropical del viaje alucinante de un buque fantasma en el que a través de los delirios de su protagonista se dan cita batallas y mujeres, Lord Byron y G. Washington, Manuela Sáenz, sus escenas de celos y el fusilamiento paródico de Santander durante una fiesta, Simón Rodríguez y la hermana de Bolívar, María Antonia, previniéndolo sobre la corona que podrían ofrecerle.

También asoman allí, como motivo recurrente, las conocidas frases de Bolívar acerca de la gloria que pretenden destruirle, “*el vámonos, vámonos, que aquí no nos quieren*”, el afán de sus leales para que retorne al poder, su advertencia a Manuela para que conserve el juicio y su viejo y obsesivo sueño de integración americana. La antipatía pazguata y provincial se apodera de todo mientras él sueña con un cosmos unitario, que dé forma y sentido al continente que nace desde los escombros de la Independencia. El Bolívar de Cruz Kronfly es un hombre herido, caracterizado con ciertas aristas de rencor, un hombre vencido que “acababa de repudiar el poder político de sus manos para ahogarse en cambio en un inexplicable apocalipsis voluntario” (pág.19), donde pone de manifiesto la cambiante alternativa de su voluntad: irse, quedarse, abandonar la lucha, retornar al combate, vivir, morir, olvidar o recordar. Se lo dice su fiel escudero, José Palacios, “Recordar es bueno, general, es como llorar en seco” (p. 168)<sup>33</sup>.

El narrador reconstruye a ritmo lento un pasado esplendoroso, mientras la embarcación se desliza parsimoniosamente por las aguas del Magdalena. A pesar de la extensión de la novela, apenas reconstruye once días de navegación, dilatando hasta el exceso las vivencias reales de Bolívar junto con otras que son inventadas o consecuencia del delirio y la enfermedad, al punto que no siempre sabemos con claridad qué es lo que ocurre en la embarcación, como si fuese la recreación decimonónica del clásico buque fantasma. Cada paisaje, cada pájaro que se cruza por el río, cada ruido dentro o fuera de la embarcación es suficiente para que se amontonen los recuerdos de Simón Bolívar en una cascada de imágenes que bascula entre el lirismo más descarnado y la filiación surrealista, convirtiendo a *La ceniza del Libertador* en una obra “lastrada por un afán verboso y proliferante”, como ha señalado Juan Gustavo Cobo Borda<sup>34</sup>.

<sup>33</sup> A. Vargas Franco, “La desesperanza y la muerte en la novela *La ceniza del Libertador* de Fernando Cruz Kronfly”, *Poligramas*, n° 21, junio de 2004, <http://poligramas.univalle.edu.co/21/LA%20DESESPERANZA.pdf> (consultado 08/10/2011).

<sup>34</sup> “Los nuevos Bolívares”, art. cit., 14.

Quizás, el gran error compositivo de Cruz Kronfly haya sido ahogar los últimos momentos en la vida del Libertador en un mar de datos, que terminan asfixiando al lector, y cuya metáfora más visible se localiza en la parte superior de la embarcación donde encontramos centenares de papeles y cartas, como un símbolo del espíritu burocrático que va a dominar en las repúblicas recién fundadas en las que no tendrá cabida el guerrero que hizo posible su nacimiento. Es esa la razón por la que a lo largo de la novela, Simón Bolívar muestra su profundo malestar físico y psíquico con unas ganas enormes de llegar al mar para vomitar toda la amargura que encierra en su menudo cuerpo. Un cuerpo en ruinas para el cual comida y excrementos, bebida y orina, gases y desvanecimientos en el juicio, recalcan su condición humana. Un Bolívar desmarmolizado que se aleja voluntariamente del poder, para ingresar en un exilio que lo lleva hasta la muerte, simbolizado en las aguas turbias del río Magdalena.

Frente al absoluto descreimiento y fatalidad del Bolívar de Mutis o el de Cruz Kronfly, el de García Márquez es más irónico, más humano en sus ilusiones y fracasos, marcado por el humor siempre del cataquero, y su sorprendente capacidad para destapar el lado insólito de la realidad, lo que le ha valido no pocas críticas entre quienes han considerado que este personaje es una falsificación de la historia o un trasunto del propio novelista, a la altura de esa ristra de coroneles, generales y patriarcas que pueblan su universo narrativo. Como recuerda el pensador Tzvetan Todorov en su libro *Las morales de la Historia* (1991) “no hay hechos, sino sólo discursos sobre los hechos”, “no hay verdad del mundo, sino sólo interpretaciones del mundo”<sup>35</sup>. En este sentido lo que hace García Márquez es una interpretación del Libertador, pasándolo, en cierto sentido, por el filtro del realismo mágico. No deja de sorprender, hasta cierto punto, que el novelista cataquero eligiera el momento final de su vida, para escribir la novela. La razón oficial no era otra que la falta de documentación sobre este periodo, el vacío de datos, fechas y circunstancias que permitían nuevos márgenes a la libertad creativa, pero quizás lo que buscó García Márquez fue el reverso de su patriarca, como arquetipo que atraviesa las formas complejas del poder. El escritor pone a navegar a su personaje, macerado por los estragos del cuerpo y la lentitud con que se siente la travesía de la embarcación por el río Magdalena, hasta el puerto de Cartagena de Indias, dándole tiempo al moribundo a recordar momentos claves de su vida que vienen a completar el engranaje de la novela. Estas calas en el pasado, a través de la memoria del Libertador, obligaron a García Márquez a consultar una ingente cantidad de material bibliográfico, entre los que destacan la correspondencia y los escritos del prócer venezolano, las voluminosas memorias de Daniel Florencio O’Leary y el enjambre de recortes periodísticos de la época.

Es evidente que *El general en su laberinto* es una de las novelas más conservadoras de García Márquez, a pesar de que la falta de documentación histórica

<sup>35</sup> Citado por P. Montoya, *Novela histórica en Colombia, 1988-2008*, op. cit., 8.

hubiera podido propiciar una explosión de su imaginario creador. El novelista costeño se ha limitado a contar de forma casi lineal, con algunas analepsis, la lucha del héroe frente a las dentelladas de la enfermedad y los zarpazos traicioneros de sus antiguos colaboradores, mostrando en todo momento su integridad y sus deseos inaplazables de construir la Gran Colombia. Tras la publicación de la novela, las Academias de la Lengua y de la Historia colombianas y venezolanas se lanzaron contra el escritor por haber dibujado a un héroe debilucho, que suelta eructos, flatulencias, vómitos y malos olores, como si la novela dinamitara una de las verdades sacrosantas del panteón de los héroes caribes. La recreación de la debilidad del personaje fue interpretada por la historiografía más mojigata como un sacrilegio, y no faltó quien defendiera con uñas y dientes la figura de Francisco de Paula Santander, uno de los enemigos de Bolívar, dibujado como un villano sin escrúpulos en numerosos pasajes de la novela. Tampoco faltaron las críticas entre quienes vieron en el Bolívar de García Márquez una exaltación de los valores caribes al tiempo que se cuestionaba la identidad cachaca y andina del interior colombiano<sup>36</sup>.

Mientras que el Bolívar de Mutis parece arrepentirse de todo su fárrago revolucionario, el de García Márquez jamás pierde el sueño por ver realizado el proyecto de la Gran Colombia. En *El general en su laberinto* Bolívar representa el antiimperialismo, el espíritu democrático, el republicanismo y la predilección por los derechos de autodeterminación de los pueblos, simbolizando una especie de “socialismo tropical”. Todo ello conseguido a través de la minimización de su personalidad autoritaria, su carácter marcial, su perfil dictatorial, su “amañado misticismo moral y los visos megalómanos de este titán de las armas decimonónicas”<sup>37</sup>. Curiosamente, estos aspectos fueron determinantes para que Bolívar fuera visto y reivindicado durante mucho tiempo por el pensamiento ultraconservador, representado en dictadores como los venezolanos Antonio Guzmán y Juan Vicente Gómez, o en presidentes autoritarios y ultracatólicos, como los colombianos Sergio Arboleda, Rafael Núñez o Miguel Antonio Caro, que vieron en él un referente para mantener el orden y la disciplina de la sociedad, al punto que Bolívar se convirtió en el precursor ideal de Mussolini, Hitler o el propio Francisco Franco, tal y como llegó a sostener Ernesto Giménez Caballero, uno de los puntales del falangismo español<sup>38</sup>.

<sup>36</sup> Como recuerda John Lynch en su biografía “Para los historiadores liberales fue un luchador que combatió la tiranía. Los conservadores crearon a su alrededor un culto. Los marxistas lo rechazaron por considerarlo el líder de una revolución burguesa” (citado por P. Montoya, *Novela histórica en Colombia, 1988-2008*, op. cit., 10). Esta polivalencia del símbolo justificaría su utilización por parte de grupos y sectores tan dispares de la sociedad latinoamericana como las guerrillas colombianas, el presidente Uribe y, claro está, la revolución bolivariana del presidente venezolano Hugo Chávez.

<sup>37</sup> P. Montoya, op. cit., 11.

<sup>38</sup> Curiosamente, Karl Marx, en una nota dedicada al Libertador, publicada a mediados de 1858, titulada “Bolívar y Ponte” (<http://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/58-boliv.htm>, consultado

En cierto sentido, lo que hace *El general en su laberinto* es enmendarle la plana a estos planteamientos extremos, para reivindicar a un Bolívar humanizado en las miserias de su cuerpo, que ha hecho de su fracaso toda una lección moral, a sabiendas de que las generaciones futuras pervertirían su obra y su memoria, pagando un precio personal excesivamente alto por una Independencia traicionada desde todos sus flancos: “América es ingobernable y el que sirve a una revolución ara en el mar”. A pesar del fracaso y de tratarse del “enfermo más glorioso de las Américas”, García Márquez inculca cierta concepción épica, cuando el personaje es capaz, suplantando al capitán, de sortear una situación extremadamente peligrosa en el Magdalena, o mientras recuerda que era capaz de vencer a cualquier nadador con una mano atada a la espalda, o cuando, ya muy enfermo, es capaz de coquetear y emocionarse con algunas damas bellísimas de su recorrido, o cuando recrea las miles de leguas recorridas a lomos de sus caballos o su condición de bailarín sin competencia, lo que permite aliviar las miserias del presente con estos chispazos heroicos y épicos del pasado.

*El general en su laberinto* se apoya en un principio discutible: el fracaso de Bolívar obedece a su condición de hombre honrado sin tacha, a su generosidad y su desprendimiento para con los demás. Su error, según se pergeña en la novela, consiste en haberse rodeado de militares de toda graduación y corrupción, que no llegaron a comprender la grandeza implícita en el sueño de la Gran Colombia. Incluso, su supuesto coqueteo con la tentación monárquica lo atribuye a los falsos amigos que lo enredaron con estos asuntos que precipitaron su caída política.

No deja de ser curioso cómo García Márquez entra en la intimidad del Libertador, a través de su peso, su calzado, sus relaciones sexuales, su falta de apetito o los paliativos que toma para retrasar la llegada de la muerte, mostrando así su heroica resistencia y poniendo de relieve la visión crítica que tiene de su propia persona, tal y como se visualiza en el nombre que da a un perro maltrecho que se encuentra en su travesía y al que llama “Bolívar”. García Márquez desmitifica el perfil romano de sus estatuas y nos lo ofrece, reducido y por ello mismo mucho más grande, en la humana dimensión de sus 1.65 metros. Un hombre al que la vida le había enseñado “las veleidades del poder” y “la inutilidad de la gloria”. Un Bolívar rencoroso ante los agravios, estreñido de vientre, agresivo y mal perdedor en el juego de la ropilla, y admirador de los ingleses. Un Bolívar seductor, bailarín infatigable, hipersensible a los olores, idealista y exaltado, descreído de lo sobrenatural, y muy quisquilloso ante las opiniones ajenas: convencido, además, de que en Colombia nadie lo quiere y que en Caracas ya nadie lo obedece.

Un Bolívar que se rebela ante la volubilidad intelectual de los franceses, que se retuerce ante el absolutismo de los europeos, que prevé las cuarenta y nueve

08/10/2011) llegó a considerar a Bolívar como un verdadero antihéroe, por su condición burguesa y mujeriega.



guerras civiles que vendrán en lo que resta de siglo y que justifica todo lo ocurrido en función de un sueño inalcanzable: la unidad americana. En cierto sentido, en *El general en su laberinto* García Márquez perfila con una enorme intensidad narrativa el drama individual de Bolívar como una metonimia del drama social de la independencia y el proyecto fallido de su sueño americano. Como declaró el propio García Márquez en su entrevista en *Semana*: “La única debilidad que me reconozco es que es un libro vengativo contra los que le hicieron a Bolívar lo que le hicieron”<sup>39</sup>.

Es importante recordar las ideas recogidas por E. R. Curtius en su monumental obra *Literatura Europea y Edad Media Latina*<sup>40</sup> según las cuales todos los pueblos, en su formación y en su independencia, necesitan de héroes que proyecten los valores de la sociedad. Es evidente que la complejidad de Bolívar<sup>41</sup>, como se verifica en estas cuantas calas interpretativas, escapa a los discursos maniqueos y esqueléticos de otros héroes, resistiéndose desde su fatalidad mortal y sus múltiples contradicciones a un esquematismo ramplón y tendencioso, poniendo a las claras, aquello que ha dicho el poeta y ensayista Cobo Borda: cada generación tiene su propio Bolívar.

## BIBLIOGRAFÍA

- BAENA, R., *Tanta sangre vista*, Bogotá, Alfaguara, 2007.
- , *Vuelvan caras, carajo*, Valencia, Editorial Pre-Textos, 2009.
- COBO BORDA, J. G., “Los nuevos Bolívares”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 472, 1989.
- COSTELOE, M. P., *La respuesta a la Independencia. La España imperial y las revoluciones hispanoamericanas, 1810-1840*, México, FCE, 1989.
- CRUZ KRONKLY, F., *La ceniza del Libertador*, Bogotá, Planeta, 1987.
- CURTIUS, E. R., *Literatura Europea y Edad Media Latina*, México, FCE, 1976.
- ESCOBAR GIRALDO, O., *1851. Folletín de cabo roto*, Bogotá, Editorial Intermedio, 2007.
- ESPINOSA, G., *Sinfonía desde el Nuevo Mundo*, Bogotá, Planeta, 1990.
- FERRERAS, J. I., *Introducción a una sociología de la novela española del siglo XIX*, Madrid, Edicusa, 1973.
- GÓMEZ VALDERRAMA, P., “El historiador problemático”, en *La procesión de los ardientes* (1973), recogido en *Cuentos Completos*, Bogotá, Alfaguara, 1996, 99-103.
- JARAMILLO, J. E., “De lo real-histórico a lo real-literario”, *Boletín Cultural y Bibliográfico* de la Biblioteca Luis Ángel Arango, núms. 24-25, volumen XXVII, 1990, <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/boletin/boleti5/bol2425/real.htm> (consultado 08/10/2011).
- , “El héroe, el gato y la mujer de Lot”, *Boletín Cultural y Bibliográfico* de la Biblioteca Luis Ángel Arango, 1991, nº 31, vol. XXVIII, <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/boletin/boleti5/bol31/lot.htm> (consultado 08/10/2011).

<sup>39</sup> Citado por J. G. Cobo Borda, “Los nuevos Bolívares”, art. cit., 22.

<sup>40</sup> México, FCE, 1976.

<sup>41</sup> Cfr. el trabajo de M. C. Ojeda Avellaneda, *El mito bolivariano en la literatura latinoamericana*, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 2002.

- LIÉVANO AGUIRRE, I., *Bolívar*, Madrid, ICI, 1983.
- LYNCH, J., *Simón Bolívar*, Barcelona, Crítica, 2006.
- MADARIAGA, S. DE, *Bolívar*, México, Hermes, 1951.
- MANRIQUE, J., *Nuestra vida son los ríos*, Bogotá, Alfaguara, 2007.
- MANSUR, G., *Simón Bolívar*, México, Grijalbo, 1960.
- MIRANDA, A., *La risa del cuervo*, Bogotá, Editorial El faro del tiempo, 2007.
- MONTOYA, P., *Novela histórica en Colombia, 1988-2008. Entre la pompa y el fracaso*, Antioquia, Editorial Universidad de Antioquia, 2009.
- OJEDA AVELLANEDA, M. C., *El mito bolivariano en la literatura latinoamericana*, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 2002.
- OSPINA, W., *En busca de Bolívar*, Barcelona, Editorial Belacqua, 2010.
- PAZ OTERO, V., *El demente exquisito. La vida estrafalaria de Tomás Cipriano de Mosquera*, Bogotá, Villegas Editores, 2004.
- , *El Edipo de sangre. O de la vida tormentosa de José María Obando*, Bogotá, Villegas Editores, 2005.
- , *La agonía erótica. De Bolívar, el amor y la muerte*, Bogotá, Villegas Editores, 2005.
- , *Bolívar. El destino en la sombra*, Bogotá, Villegas Editores, 2006.
- , *La otra agonía. La pasión de Manuela Sáenz*, Bogotá, Villegas Editores, 2006.
- , *Bolívar. Delirio y epopeya*, Bogotá, Villegas Editores, 2008.
- PINEDA BOTERO, A., *El Insondable*, Bogotá, Planeta, 1997. (Edición corregida: Medellín, Fondo Editorial EAFIT, 2004).
- , “Bolívar y Bello: armas y letras fundadoras”, *Poligramas*, n° 26, diciembre de 2006, [http://poligramas.univalle.edu.co/26/pineda\\_botero.pdf](http://poligramas.univalle.edu.co/26/pineda_botero.pdf) (consultado 08/10/2011).
- PORRAS, J. L., *Fuego de amor encendido*, Medellín, Secretaría de Cultura Ciudadana, 2003.
- RESTREPO, M. C., *Amores sin tregua*, Bogotá, Seix Barral, 2006.
- VARGAS FRANCO, A., “La desesperanza y la muerte en la novela *La ceniza del Libertador* de Fernando Cruz Kronfly”, *Poligramas*, n° 21, junio de 2004, <http://poligramas.univalle.edu.co/21/LA%20DESESPERANZA.pdf> (consultado 08/10/2011).
- VARGAS, M., *El Mariscal que vivió de prisa*, Bogotá, Planeta, 2009.
- VÁSQUEZ, J. G., *Historia secreta de Costaguana*, Madrid, Alfaguara, 2007.